16 julio 1962

JULIO

555

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

ME despedí hace nueve meses, cuando el sol empezaba a acostarse lánguidamente sobre la playa perdido ya el posesivo fuego estival, cuando los toldos arriaban su velamen y el último esquiador náutico zozobraba definitivamente. Vuelvo ahora a cumplir ese burgués menester de "llevar la familia", y en el primer recorrido por los paseos y las calles del pueblo me entrego, inevitable y automáticamente, a cotejar lo que dejé y lo que encuentro.

El pueblo ha crecido a lo largo de un invierno fecundo. Los alveolos de algunos solares han sido ocupados por nuevas casas. Otras han sido remozadas, dedicadas a usos distintos. Como de costumbre, torres, viviendas particulares se han convertido en hoteles, en pensiones, en cafeterías. Varias familias han dimitido del censo vecinal para ser reemplazadas por los clientes de una agencia de viajes. Hay más anuncios luminosos, más radios gritadoras, más coches con matrícula internacional, más vocablos exóticos, más arbitrarias vestimentas por doquiera. Los indígenas nos encogemos progresivamente, reducimos nuestro espacio vital y se lo ofrendamos, aunque sea en forma pasajera, al foráneo. Vamos abdicando de lo nuestro para conformarlo gentilmente al uso extranjero. Horario, costumbres, indumentaria, cocina... En todo nos esforzamos por plegarnos al gusto de los que nos visitan, sin defender el nuestro característico. Es una modalidad de la cortesía y, a la vez, del sentido práctico. Por aquí la quiebra de algunas pequeñas industrias había dejado muchos brazos sin ocupeción; pero esta vena turística, irrumpiendo de pronto en proporciones insospechadas, ha absorbido el paro ocasional y ha canjeado jornales agonizantes por otros que la competencia acrece sin tregua. La industria se ha extinguido casi, pero el comercio se ha centuplicado y los consumidores. A algunos espíritus timoratos les produce cierta inquietud esta floración tropical de residencias, de restaurantes, de salas de fiesta, este montaje al aire de una organización que temen ver derribada estrepitosamente por cualquier viento de la moda o de la propaganda. Pero esa inquietud es pueril. Centenares de miles de motores de explosión funcionan dentro del perímetro peninsular. Todos se mueven por combustibles que se producen a muchas millas de distancia, y el temor de que si les faltase se paralizasen, apenas si cuenta ni se cotiza. El turismo es uno de los fenómenos clásicos de nuestro tiempo, todavía en su fase germinal. Cada temporada, zonas sociales económicamente privadas de su saboreo y su disfrute son dadas de alta y llegan a las playas que desconocían o escalan las montañas e invaden pacíficamente países ignorados. Hay, sí más turistas este año, como hay más lugares para alojarlos. En la estadística ha crecido el número de ambos.

También crecieron los árboles del pequeño jardín, frontero al cual trabaja mi máquina de escribir. La platanera, que amarilleaba cuando la abandoné, mueve al viento sus grandes hojas verdes como las aspas de un batán, guadaña la brisa vespertina o la acuna y mece rítmicamente. La buganvilla, por fin, redondeó su abrazo a la fachada. Creció, del mismo modo el pruno, con sus hojas color cobre como viejas monedas, y los pinos también crecieron tanto, que ya ocultan las casas cercanas.

Creció, por último, el hijo de la guardesa. Apenas si se soltaba, allá en septiembre, de los brazos de su madre, y ahora diríase que le cuesta regresar a su abrigo. Corre, trisca como un recental sobre el césped, y yo oigo su griteria, sus risas, su inesperado llanto. Un año más, en consecuencia; un año hacia delante. Pero, claro está, no para todos ni para todo. Han venido a contarme que fué necesario arrancar el magnolio. No arraigaba ni florecía. Perdió el noble brillo de sus hojas esperando inútilmente, como a una gran dama, la flor blanca, carnal y perfumada que no llegaba nunca. El jardinero decidió cierta triste mañana convertirlo en leña. El jardinero envejeció igualmente, y él me mira a mí, y yo comprendo que envejecí del mismo modo. Al jardinero se le han hecho más profundos los surcos casi vegetales de su rostro. A mí me ha blanqueado el pelo. "Se va encaneciendo...", me dice risueño, sin ánimo de herirme, como quien comenta un hecho que yo he de tener bien sabido. Pero aunque sus arrugas se hagan cada vez más hondas y mis canas aumenten, ninguno de los dos lo advertiremos hasta que volvamos a encontrarnos el año próximo. En esos grandes saltos de aislamiento, de separación es cuando se hacen visibles, con toda su crudeza los desmanes del tiempo, que a unos empuja hacia la juventud, hacia la plenitud, y a otros va robándolos, sustrayéndolos, alejándolos de ella.

—Dígame: ¿qué fué de Braulio, el barbero?

—¿No sabía? Lo enterramos a primeros de marzo.

Acostumbraba a presentarse con su pequeño instrumental—la navaja, los peines, la tijera—envuelto en un papel de periódico, apenas veía la casa iluminada.

—¿Qué, don Joaquín, como siempre?

—Como siempre, Braulio

—Hasta julio, si vivimos—me dijo la última vez.

—Pues claro que viviremos—le aseguré yo con tanta impunidad como insolencia.

El pobre Braulio murió, poco más o menos, a la vez que el magnolio. Los duelos son muy cortos, muy esquemáticos, y en seguida se pasa a hablar de proyectos futuros y comunes. Del gran edificio de treinta plantas que amedrentará con sus olas de cemento las del Mediterráneo, mucho más modestas; de la desviación de la carretera, que evitará los colapsos del paso a nivel; de la guirnalda de faroles que iluminará Terramar, sumido en sombras secularmente.

—¿Qué? ¿Pintó bien el invierno?

Saludamos a los amigos, de los que alguna vez nos dió noticia el periódico local; a los proveedores, a los guardias urbanos, a todo el mundo vario y entrañable que sirve de esqueje y armadura a pueblo. Luego nos echamos a pensar en el verano que ha de desfilar delante de nosotros, que vemos a la distancia, informe aún y gigante, como un tropel de ganados. De ese verano al que aún le faltan para madurar las ofrendas al Apóstol, las advocaciones marianas de agosto, los grandes calores, las grandes tronadas, las romerías y la pleamar de septiembre; de ese verano que el curso de los días irá trayendo, con su inmensa raqueta, hacia nosotros, al que veremos pasar, si Dios nos lo concede, y que nos verá pasar entre la espuma de la playa, bajo el estruendo de los fuegos de artificio, a ratos con fruición, a ratos con melancolía. De ese verano—uno más, uno menos—cuya cinta inaugural corta con el pico un pájaro sin nombre que corre veloz, como imantado, en el atardecer manso y silencioso, hacia la copa del ciprés vecino.